

Johannes BOBROWSKI, *Tanaceto*

Traducido por Carmen Cuéllar Lázaro y Sabine Albrecht
Universidad de Valladolid
Universidad Friedrich-Schiller de Jena

Johannes Bobrowski nació en Tilsit en 1917. Estudió Historia del Arte en Berlín, donde entró en contacto con la resistencia religiosa contra el nacionalsocialismo. Participó en la Segunda Guerra Mundial y en 1949 regresó a Berlín tras haber sido prisionero de guerra en la Unión Soviética. Comenzó a trabajar como lector, mientras su obra poética se iba dando a conocer en revistas y antologías, publicándose posteriormente en dos volúmenes: *Sarmatische Zeit* de 1961 (*Época sármata*) y *Schattenland Ströme* de 1962 (*Tierra de sombras, ríos*). Su prosa narrativa vio la luz cuando ya era un conocido poeta, y en ella intenta expresar la infeliz convivencia del pueblo alemán con sus vecinos del Este de Europa. Ejemplo de ello son sus novelas *Levins Mühle* (1964, *El molino de Levin*) y *Litauische Claviere* (1966, *Pianos lituanos*), publicadas en español en 2005 en un volumen conjunto. En su corta vida recibió varios premios de literatura, entre ellos, el Premio Heinrich-Mann de la Academia Alemana de las Artes de Berlín en 1965, el mismo año de su muerte.

Tanaceto

El monte es de arena. Está cubierto por un bosque claro de pinos, quizá haya doscientos troncos. No se lo puede denominar bosquecillo, pues es todo (los árboles, la maleza y la hierba) demasiado menudo y disperso para ello. Faltan los arbustos de frambuesa y un tipo de grosellas salvajes incomedibles, que aparecen normalmente por todas partes en sus alrededores; falta incluso la belladona, que necesita un suelo mejor. Sólo en la ladera oriental, bajando hacia la carretera, en dirección al vivero König, hay lilas salvajes de pétalo pequeño que ya, de manera temprana, muestran sus hojas rizadas con manchas marrones; también encontramos algunos saúcos. La ladera contraria, la que va hacia la vía, tiene un matorral de robinias que evitan hasta los perros; sólo se encuentran pájaros en él. Pero, probablemente, tampoco se lo podría llamar bosque, pues, con certeza, no se trata de un bosque. Sin embargo, bosque es algo distinto a bosquecillo, es mucho más general. ¡Cuántos son nombrados bosques sin serlo!

Al lado de las vallas de irregular cuadratura y hechas con tablas, en la ladera arenosa que desciende girando hacia la ciudad, sigue algo así como un bosquecillo de enebros, pequeños pinos, abetos. Por todas partes hay aquí barro blanco y duro, como en el monte, y hierbas secas de arándanos, sin fruto, hierbas de arándanos rojos, brezo y en la húmeda hondonada, poco antes del terraplén, crecen arbustos de olor desagradable.

En invierno, cuando durante mucho tiempo aquí todo está cubierto de nieve, hay más tranquilidad tras las vallas de tablas que en verano; todo aparece totalmente tranquilo, porque las tablas sólo están ahí, sólo invernan, no esconden a nadie, porque nadie, a excepción de los grajos y las grajillas, viene ahora en invierno. Hay menos ruido en esta época del año, en la que se aprovechan las pendientes para bajar en trineo; en ellas los escolares, sin embargo, alborotan durante el día y por las tardes los adolescentes exploran el terreno. Aparecen trineos en cadena, pero también los hay individuales, con silla, se oyen más silbidos, llamadas, señales y bajadas continuas en la oscuridad.

Ahora, en junio, durante el día, exactamente en un sábado concreto, San Juan, un gato pelirrojo y blanco, se acerca por entre las hierbas de las bayas hacia los deformados pinos del terraplén. Está todo tan tranquilo a esta primera hora de la tarde, que desde el parque de Jakobsruhe llega el ruido débil y pacífico de una orquesta de mandolinas; pero suena como un constante arañar, una caricia a contrapelo, como polvos que pican.

Y aquí hay personas que lo escuchan.

Viven en las baratas casas de la urbanización, recubiertas de madera, pintadas de verde, al pie de la ladera arenosa, en dirección a la ciudad. Arriba, en el monte, las vallas, la cuadratura irregular de madera, este recinto, o como quiera denominarse, tiene una puerta con un cartel blanco en el que aparece, en letras negras: *Baños de sol*, con el añadido *Asoc. Reg.* Se trata del reservado de una asociación de nudismo registrada, el cual, como debe ser, se encuentra en la parte más alejada de la periferia de la ciudad. Las extensas vallas de madera de dos metros veinte de altura tienen doscientos agujeros mal calculados, los de arriba para los adultos, los de abajo para los jóvenes. Esto forma parte de la diversión de los habitantes de la urbanización, la cual desde hace tiempo ha recibido el nombre del lamentable reservado, y lo llevan tan libremente como libre muestra la gente su cuerpo detrás de la valla, o incluso más generoso aún, sin límites. Ellos mismos dicen vivir en *Baños de sol*.

Y hoy, día de San Juan, florece el tanaceto. *Tanacetum vulgare*: pequeñas flores compuestas, en forma de botón, reunidas en corimbos, amarillas, hojas pinatilobuladas, tallos duros y de un metro de altura, de aroma áspero, que cuando se secan se emplean como cierre de salchichas (al menos así se hacía antiguamente). El tanaceto está muy extendido. Por cierto, como se comenta, sólo hoy, día de San Juan, hace invisible al que lo lleva. De tal manera, que con flores esparcidas por los zapatos o un corimbo puesto en el gorro, uno podría apoyarse en la valla sin ser visto.

La señora Schnetzkat es de piel rosada y formas onduladas, y Arne Eisermann, musculoso, sin un gramo de grasa en el cuerpo, deportista puro, tiene un trasero miserable. Todo ello podría verse aquí.

Y luego uno se marcha sin ser visto, con un ramillete en el sombrero, se va hacia el Jakobsruhe, en dirección a la ciudad, pasando por el monumento a Luisa, la prusiana, la primera dama, conocida por sus pies grandes. De este modo se deja atrás el recinto de arena, los riachuelos con los viejos cisnes y al mismo tiempo, todo el parque.

Calles rectas y llanas, con casas de una o varias plantas, aceras con losetas y bordillos de piedra, una ciudad de la que siempre se dice: es como hace cien años.

Se comenzó a construir en uno de los extremos, eso se sabe con seguridad. Pero el otro extremo, ¿dónde está? ¿en Engelsberg, Schloßberg, en las plazas Splitter o Rennplatz, Preussen o simplemente Fletcherplatz, en el puente Luisenbrücke, en la estación de tren?

¿Hay que encontrar el otro extremo?

Pienso que debe hacerse sin el tanaceto en el gorro ni en los zapatos, pero con el tanaceto y ahora, el día de San Juan, no debería ser necesario. Sin ser visto, es decir, solo, no se llega al extremo, porque nunca se ha comenzado a buscar así, porque de esta manera se está muy lejos de encontrarlo.

¿Vale la pena verlo en realidad?

¿Y qué se ve?

Al doctor Wilhelm Storost. Viene corriendo desde su casa porque un golpe de viento se ha llevado sus papeles de la mesa del balcón. Por ahí van volando y detrás de ellos corre él: toda su historia lituana se encontraba extendida sobre la mesa, con centenares de papeles. ¡Ayudadle!, quizá esté la historia lituana en peligro.

Y aquí, delante de nosotros, en la esquina de la taberna donde nos encontramos, en el lugar en el que el doctor Storost recoge su último papel, se sitúa, en una amplia plaza, el ayuntamiento con su torre y escalinata; es lo suficientemente grande como para hacer olvidar que, detrás de él, la plaza continúa, en la misma extensión, hasta el río.

Y a la derecha, la antigua farmacia, detrás la empresa Raudies & Bugenings y la iglesia alemana: la torre de cuatro plantas con escalera, con el techo piramidal de cobre y doble galería, muy bonita; Napoleón quiso llevársela. Ahí estuvo, con sus pantalones blancos, en una balsa dentro del río. El zar Alejandro también estuvo ahí y asimismo vino la ya mencionada Luisa, ésta última más como anécdota, como leyenda. En la entrada de Raudies & Bugenings el camionero desengancha el remolque y lo llama Remo- el- que.

El señor de ahí, el cura Connor, no necesita ramillete de tanaceto en el sombrero, ni nada en los zapatos, pues él ya está muerto. Tuvo que irse de aquí. Así llegamos a la siguiente plaza, la cual nos acerca a un gran puente de hierro, con amplios pilares de obra y arcos de bóveda elevada; éste se levanta sobre el río, cargado con los adoquines de la calle y los pequeños railes del tren. Pasamos a los funcionarios de aduana; los alemanes hacen el saludo militar y los lituanos un simple saludo.

No hay ningún problema. Sin embargo, ahora algunos funcionarios se han girado, dos, tres, en el caso de los alemanes, también alguno de los lituanos, y de entre los alemanes, algunos se adelantan y dicen bobadas, y un par de familias, padres, madres, niños, pasan por el puente con bolsas y cestas, pueden de nuevo pararse y respirar ahí donde termina Alemania.

¡Cuidaos! queremos decirles. Pero no podemos hacerlo.

Entonces nos sacudimos los zapatos, nos quitamos el ramillete del gorro y lo tiramos al río. Una pequeña ráfaga de viento se lo lleva lejos y lo deja caer en el agua. Así se aleja, flotando.

No quiero ser invisible, nos decimos, no quiero pasar desapercibido. Es insignificante ser observador, porque el observador no ve nada.

La gente, las familias llegan más allá de la mitad del puente. Ahora podéis respirar, hijos.

Y por ahí vienen más, cruzando la plaza.

Queremos decirles: ¡corred, hijos!, y podríamos hacerlo. Y cada vez más gente, familias enteras, se enfrentan a los tíos garbosos, con sus botas y su fanfarronería.

Pero, bueno, no lo hemos hecho. Ni siquiera nos hemos quitado el ramillete de tanaceto del gorro para tirarlo. Al río le hubiera gustado llevárselo. El río no se comporta así. Hubiera esperado un poco.